

El *deber ser* en crisis

Recuperar la ciudadanía

Pedro Trigo, s.j.*



EFE

La crisis de ciudadanía es tan grande, no solo en Venezuela sino en todo el mundo, que en gran medida se ha perdido incluso su noción. Por eso vamos a recordarla y valorarla, porque en la situación que vivimos es importantísimo rescatarla y asumirla



MIGUEL GUTIÉRREZ / EFE

CIUDADANÍA

QUÉ SIGNIFICA Y QUÉ NO SIGNIFICA SER PARTE DE ELLA

Vive la ciudadanía el que se considera parte de un vecindario, de una localidad, de una región, de un país y del mundo. En este sentido es ciudadano de cada uno de esos conjuntos. No es parte en el sentido de que se defina por ese todo, porque ninguno de esos conjuntos es autosuficiente: el vecindario es parte de una ciudad, y la ciudad es parte de una región, y la región parte de un país, y el país parte del mundo, y el mundo parte de la creación, y la creación es inexistente sin la relación continua de amor de Dios que la pone en la existencia.

Esto significa que las relaciones con los otros ciudadanos y con la tierra que los alberga es parte de una red de relaciones más amplia y que acotarla poniendo un muro, el muro de la autosuficiencia, no hace justicia a la realidad. Un vecindario, por más distinguido que se crea, depende de la ciudad. Lo mismo podemos decir de las ciudades y de las regiones y, obviamente, de los países, y mucho más en esta época globalizada. Y aunque muchos no lo quieran reconocer, la humanidad tampoco es autosuficiente: depende del equilibrio ecológico, y por haberlo roto nos está yendo tan mal.

Para muchos, yo contribuyo pagando lo que tengo que pagar de impuestos y me aprovecho de todos los servicios. Eso es todo. Yo soy yo. En este momento vivo aquí, pero igual me puedo ir a otro sitio. Yo no pertenezco a nadie ni a nada, sino a mí mismo.

Pero, además, el ser parte de cada uno de esos conjuntos no agota el ser de la persona. La persona es “de suyo”, tiene una interioridad insobornable, tan insobornable que ni él puede disponer a su antojo de su vida. Ni él, ni tampoco ninguno de los conjuntos de los que hace parte. Él tiene que respetarse, no solo como ciudadano sino como persona, y tiene que respetar a los demás y los demás lo tienen que respetar a él, y él tiene que hacerse respetar. Su dignidad no es un bien transable. Es lo más genuino de él y por eso él tiene que ponerse siempre a su altura. En este sentido, tiene que ser respetable. Pero, aun si él desconoce su propia dignidad, los demás, si quieren respetar la suya propia, deben tratarlo como una persona digna.

Esto significa que los ciudadanos, como miembros de cada conjunto, tienen que relacionarse entre ellos con esa dignidad personal y que, por tanto, las interacciones que configuran, de hecho, una determinada ciudadanía, tienen que tener en cuenta que sus miembros son todas personas y que ese carácter ha de relucir en cada configuración concreta y en las interacciones que se dan libremente entre ellos. Por eso no pueden ser relaciones unidireccionales, ni asimétricas, ni excluyentes, ni meramente funcionales, ni solamente interesadas. Tienen que ser relaciones mutuas, simbióticas y abiertas, y nunca puede faltar una dosis, aunque sea variable, de gratuidad, y, aunque los roles sean diversos, nunca debe estar ausente la horizontalidad.

Son relaciones unidireccionales las del que no paga ni impuestos porque lo suyo lo tiene en paraísos fiscales y se la pasa recibiendo beneficios, como también lo es la del bienhechor que da y convierte al que recibe en mero objeto de su generosidad. Son relaciones asimétricas las del que pone las condiciones que le convienen a sus intereses particulares porque tiene poder para hacerlo, y consiguiendo las del que no le queda otro remedio que aceptar lo que le proponen, aunque sea injusto, porque no tiene poder para conseguir ser tratado con justicia. Son relaciones excluyentes las actuales relaciones de mercado, que dejan fuera del mercado de trabajo a un número cada vez mayor de personas y con eso las excluyen también del de mercancías. Son relaciones meramente funcionales las que se entablan buscando exclusivamente el propio interés, dejando fuera el núcleo personal, tanto el suyo como el de los demás. Esas son

relaciones puramente interesadas. No lo son las que conjugan la búsqueda del provecho propio con el de los demás. Son relaciones simbióticas las relaciones mutuas en las que se busca que haya más vida para todos los que las entablan¹. Y para que sean humanizadoras esas relaciones tienen que ser en principio abiertas; es decir, que no configuren conjuntos cerrados en sus intereses, que busquen con espíritu de cuerpo tener ventajas sobre los demás. Para que esas relaciones sean humanizadoras, aunque sean relaciones mercantiles, nunca puede faltar la dimensión de gratuidad, que consiste en inscribir el provecho propio en el proyecto humano que lo desborda, de manera que lo útil, la obtención de ganancia, esté en función de lo valioso, ser cada vez más humano, lo que implica una entrega de sí gratuita. En este caso, eso llevará a no buscar nunca ganancia propia a costa de la pérdida de otros. Si se da esta personalización, las relaciones tendrán como dimensión la horizontalidad ya que, aunque yo sea el dueño o el jefe, esa función no me define; en el fondo, me considero persona y considero personas a mis empleados o subordinados.

NO SOMOS MEROS INDIVIDUOS SINO RELACIONES PERSONALIZADORAS

Ahora bien, asentado que ser parte de cada conjunto no totaliza a la persona y que la condición de persona debe respetarse siempre, tenemos que afirmar complementariamente que para ser ciudadano no basta con el hecho desnudo de vivir en esos conjuntos de los que es ciudadano; se requiere que haya un sentido de pertenencia y por tanto de responsabilidad y antes que eso de gusto, de estar en ese pedazo de tierra y con esas personas, de convivencia. Este sentido de pertenencia suele estar en estos tiempos de individualismo bastante atenuado. Para muchos, yo contribuyo pagando lo que tengo que pagar de impuestos y me aprovecho de todos los servicios. Eso es todo. Yo soy yo. En este momento vivo aquí, pero igual me puedo ir a otro sitio. Yo no pertenezco a nadie ni a nada, sino a mí mismo.

Es obvio que alguien así no es un ciudadano. Y cuando personas así dan el tono a un ambiente, ese ambiente resulta tan frío y despersonalizado que resulta irrespirable y uno tiene que hacer un gran esfuerzo para no sucumbir a esa despersonalización. Un ciudadano que asume su condición está enterado de lo que pasa y participa.

Ahora bien, para los cristianos consecuentes; es decir, que sacamos nuestras ideas y nuestra inspiración del evangelio, lo que más puede ayudarnos a valorar nuestro ser en relación es hacernos cargo de que nuestro Dios es relación.

Para valorar la importancia de la pertenencia, de la responsabilidad y del gusto, tenemos que asentar que nosotros somos personas por las relaciones que nos constituyen, ante todo las que entablan otros con nosotros y luego las que entablamos con ellos correspondiendo. No es verdad que seamos meros individuos. La relación de nuestros padres nos trajo a la existencia y su relación de amor con nosotros nos hizo levantarnos y crecer no solo física e intelectual, sino humanamente. Para que hayamos llegado a lo que somos han intervenido muchísimos que nos han puesto a la altura del tiempo. No reconocer la red de relaciones que nos constituye es negarnos a aceptar la realidad.

Ahora bien, no basta con reconocer que somos una red de relaciones desde nuestra interioridad insobornable; es preciso también valorar ese modo de ser. En la dirección dominante de la figura histórica en la que vivimos lo que más realidad tiene es la sustancia; la relación es un mero accidente. Yo soy yo, este individuo concreto, y me relaciono con el que quiero, para lo que quiero y mientras quiera. O sea que lo permanente y sólido en mí es mi condición de individuo; mis relaciones son secundarias ya que dependen de mí. Ya hemos dicho que eso es simplemente mentira: una ilusión del yo. Yo provengo de una relación entre un varón y una mujer, y soy impensable sin relaciones de amor persistentes. Lo menos que puedo hacer es reconocerlas, agradecerlas y corresponder a ellas. Pero además para vivir exitosamente en el orden establecido yo debo aceptar muchísimas reglas de juego, muchas

interacciones que no dependen en absoluto de mí.

Ahora bien, para los cristianos consecuentes; es decir, que sacamos nuestras ideas y nuestra inspiración del evangelio, lo que más puede ayudarnos a valorar nuestro ser en relación es hacernos cargo de que nuestro Dios es relación. Es una herejía creer que existe el Padre, el Hijo y el Espíritu, y que se relacionan, en ese caso existirían tres dioses. Lo que existe, es decir, lo que más realidad tiene en Dios, es la relación. "Las personas divinas son relaciones subsistentes" (santo Tomás). La relación, la única relación, a la vez diversifica (tres personas distintas) y une (un solo Dios verdadero). El Hijo existe porque el Padre, al entregársele completamente, le hace ser Hijo, y lo mismo el Padre, existe porque el Hijo, al corresponder totalmente a su entrega, le hace ser Padre. Sin Hijo, el Padre no es Padre, y sin Padre, el Hijo no es Hijo. Como se ve, la primacía la tiene la relación.

Si llegamos a hacernos cargo de esta realidad comprendemos que ser cristianos es llegar a participar de esa relación: llegar a ser hijos de Dios en el Hijo. Y podemos llegar a serlo, si le decimos que sí a Jesús, que se ha hecho nuestro Hermano y nos lleva realmente en su corazón. Ahora bien, como en el mismo y único corazón estamos todos, todos llegamos a ser, si nos aceptamos en el corazón de Jesús, hermanos unos de otros. Si excluyo a alguien de mi corazón, me autoexcluyo del corazón de Jesús. Como se echa de ver, si tomo en serio el cristianismo, es decir, si veo la realidad desde él y no a él desde mi pertenencia al orden establecido, no puedo menos de valorar las relaciones que me hacen ser lo que soy, si las recibo y correspondo.

El que la realidad es una red inextricable de relaciones es una insistencia que ha explanado convincentemente el papa Francisco en la *Laudato Si*. Todo lo que existe, existe en relación y por la relación. Baste una sola cita:

Las Personas divinas son relaciones subsistentes, y el mundo, creado según el modelo divino, es una trama de relaciones. Las criaturas tienden hacia Dios, y a su vez es propio de todo ser viviente tender hacia otra cosa, de tal modo que en el seno del universo podemos encontrar un sinnúmero de constantes relaciones que se entrelazan secretamente². Esto no solo nos invita a admirar las múltiples conexiones que existen entre las crea-



RICK BAJORNAS / UN

Lo más elemental es estar con respectividad positiva. Voy por la calle o en transporte público no cerrado en mí, sino abierto en principio a los demás. Con la conciencia de que soy uno de ellos.

turas, sino que nos lleva a descubrir una clave de nuestra propia realización. Porque la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas. (LS 240)

La *Fratelli Tutti* insiste en que las relaciones que más nos humanizan son las relaciones fraternas: todos somos hermanos de todos y esta relación debe permear a todas las demás. De manera que para ser personas cabales tenemos que llegar a ser hermanos de nuestros hermanos de carne y sangre, hermanos esposos, hermanos padres, hermanos hijos, hermanos amigos y compañeros, hermanos desconocidos, hermanos enemigos y obviamente hermanos ciudadanos.

SENTIDO DE PERTENENCIA, RESPONSABILIDAD Y GUSTO

Las relaciones de ciudadanía son un tipo de estas relaciones que nos constituyen. Hay

otras relaciones, pero las de ciudadanía son imprescindibles a esta altura de la historia para vivir humanamente. Por eso, el sentido de pertenencia: me asumo como conviviente en este barrio, en esta ciudad, en este país, en esta humanidad, en este mundo. No solo coexisto con los demás, sino que convivo con ellos.

Lo más elemental es estar con respectividad positiva. Voy por la calle o en transporte público no cerrado en mí, sino abierto en principio a los demás. Con la conciencia de que soy uno de ellos. La gente lo nota; como también nota cuando la respectividad es negativa. Por ejemplo, gente de barrio que camina por él haciendo sentir a los demás que, aunque no puede salir a vivir a la ciudad porque no tiene condiciones económicas, él es ciudadano y no del barrio, esa no es su gente. Los demás resienten esa actitud. También se nota cuando está un grupo conversando y se abre la puerta y al asomar el que viene se corta el ambiente: es porque el que entra va con respectividad negativa. A veces, por el contrario, un grupo está aburrido y se asoma uno a la puerta y



ERNESTO GUZMÁN / EFE



MOISÉS CASTILLO/AP

En una vecindad, en una ciudad, en una región, en un país y en un momento histórico ciertamente hay cosas que nos desagradan, incluso no pocas veces nos afectan muy negativamente, tanto que nos dificultan vivir humanamente; pero es muy difícil que no haya ninguna que nos agrade y ayude.

todo se anima: es porque el que entra viene con respectividad positiva. Antes de hablar se capta la actitud de fondo. Y en ambos casos la respectividad afecta tanto más a los otros cuando más densidad tiene ese individuo, sea densidad positiva o negativa.

Desde la respectividad positiva viene la responsabilidad. La palabra viene del latín, de *responsa*, que significa respuesta: como estoy abierto a la realidad, siento sus llamadas y respondo desde mi ser personal. Cuando no me hago el desentendido, cuando respondo a la realidad, soy un ciudadano responsable. Así pues, la responsabilidad no es únicamente ante la propia conciencia sino ante la realidad; aunque lo que habría que decir es que mi conciencia, si es auténtica, es conciencia de la realidad, tanto la mía como la del entorno del que formo parte.

La responsabilidad me descentra absolutamente ya que no cuentan solo mi visión, mis pretensiones, mis intereses y mi proyecto, sino los de esas colectividades. Ahora bien, si se da la pertenencia no se contraponen a lo mío ya que yo formo parte voluntariamente de ellas y por tanto yo colaboro tanto en la elaboración como en sacar adelante lo elaborado y decidido, o al menos al asumir como mío lo decidido por el conjunto.

Ahora bien, más elemental que la responsabilidad es el gusto: el gusto de vivir en lo que vivo, en el lugar físico y en el lugar humano. En una vecindad, en una ciudad, en una región, en un país y en un momento histórico ciertamente hay cosas que nos desagradan, incluso no pocas veces nos afectan muy negativamente, tanto que nos dificultan vivir humanamente; pero es muy difícil que no haya ninguna que nos agrade y ayude. Apoyarnos en esto positivo, vivido entrañablemente, nos da fuerza para trabajar en superar lo negativo.

Ahora bien, en una gran ciudad no coincide muchas veces el lugar donde se pernocta con el lugar donde se trabaja, ni donde están las comunidades y asociaciones a las que se pertenece, ni las amistades que se frecuentan; pero, si hay sentido de ciudadanía, esa mayor flexibilidad no significa de ningún modo que uno escurre el bulto y se desliga de responsabilidades, sino que esas responsabilidades están más focalizadas, más articuladas y, por tanto, si hay ciudadanía pueden ser más intensas y eficaces.

Si el Estado está secuestrado, desnaturalizado y reducido a la mínima expresión, solo los ciudadanos responsables pueden lograr que vuelva a existir como un órgano eficaz y responsable del bien común.

CIUDADANÍA SOCIAL

PONER EN COMÚN LOS HABERES INHIBIENDO LA SUIDAD

Ahora bien, ser ciudadano implica específicamente asumirse como ser social. Si uno se tiene meramente como un individuo que se relaciona con el que quiere y para lo que quiere y mientras lo quiere, si lo fundamental para él no son las relaciones sino él mismo como individuo, y las relaciones, algunas y llevadas de determinada manera, son asumidas meramente en cuanto son útiles para sus proyectos, no es ciudadano ni puede serlo.

La ciudadanía tiene que ver concretamente con lo público, que resulta de poner cada quien en común lo suyo inhibiendo su suidad, dicho simbólicamente, su rostro y nombre propio, de tal manera que lo que resulte sea de todos y de nadie en particular. Si nadie pone lo suyo, lo público no existe, pero si lo pone y no inhibe su suidad, lo público se parcializa. Por ejemplo, para atender personalmente un funcionario a quien viene a pedir sus servicios no puede reducirse a un autómata que reduce también a autómata al que lo demanda, tiene que hacerlo desde su ser personal, pero tiene que inhibir sus peculiaridades porque, si no, tratará distinto a un conocido que a un desconocido, a alguien que le cae bien que a uno que le cae mal, o a alguien que es de su partido que a quien es del partido contrario; o incluso pedirá una contraprestación indebida para atender prontamente una solicitud. O, para poner otro ejemplo, un vecino no puede robarse un trozo de calle para su uso privado; la calle es de todos y de nadie en particular.

CIUDADANÍA POLÍTICA

Desde lo público viene el ejercicio de lo político³. La política solo puede ser un ejercicio del bien común si tanto los políticos como los funcionarios y como los ciudadanos la ejercen desde el ejercicio asiduo de lo público. Si no se da este ejercicio la política, en el mejor de los casos, es un ejercicio unidireccional de los políticos en favor de los ciudadanos según su modo de entenderlo, pero ordinariamente se reducirá a un ejercicio de poder en favor propio y de aquellos en los que se apoyan, dando a la gente lo mínimo indispensable para que los sigan manteniendo, aunque lo fundamental de las campañas electorales se lleva por manipulación mediática.

Si lo político no se apoya en lo público, cae inevitablemente en manos del poder económico. Esto es así porque la política es una superestructura; es decir, que no tiene consistencia en sí y por eso esta consistencia se la tiene que dar el cuerpo social, para que cumpla con sus objetivos. Si esto no sucede, es colonizada por los poderes económicos, que es lo que pasa mayoritariamente en este mundo globalizado en el que las corporaciones globalizadas tienen ventaja sobre los Estados porque operan a nivel global.

Es indispensable tener la mayor claridad posible de lo que implica el ejercicio de la ciudadanía a nivel político, ya que él es una dimensión infaltable de nuestra condición personal.

Si el Estado está secuestrado, desnaturalizado y reducido a la mínima expresión, solo los ciudadanos responsables pueden lograr que vuelva a existir como un órgano eficaz y responsable del bien común. El bien común es el bien público; es decir, el que resulta, como dijimos, de poner en común nuestros haberes inhibiendo nuestra mismidad para que lo que se logre sea de todos y de nadie en particular.

Para que podamos vivir como ciudadanos, como habitantes de una región y de un país es imprescindible crear una red de servicios públicos: vialidad, luz, agua, gas, educación, salud, seguridad personal, es decir, cuerpos de seguridad, y seguridad social (enfermedad, cesantía y vejez), para lo cual es imprescindible una burocracia estable, eficiente y con sentido de lo público, es decir, el Estado. Además, es imprescindible que los distintos poderes (el legislativo, el judicial, el electoral, el moral y el ejecutivo) sean realmente independientes entre sí y sobre todo respecto del ejecutivo, es decir, del gobierno y que sean responsables, como hemos insistido, ante la ciudadanía.

Pero también es imprescindible un gobierno, electo por los ciudadanos y responsable ante ellos administrativa e incluso penalmente, que se encargue de velar porque el Estado funcione y que se cumpla lo pactado y se tomen decisiones según lo vayan requiriendo las circunstancias cambiantes. Incluso que se encargue de velar porque los diversos poderes fácticos se alineen en la dirección que han pactado los ciudadanos y en colaborar porque se den las condiciones para que ejerza cada uno con éxito sus fines propios; ese es el cometido del gobierno. Queremos volver a insistir que para que el gobierno sea democrático, los



ROBERTO WEIL CARICATURAS

Se trata de contribuir a crear una verdadera opinión pública que se sobreponga a la de los medios, que no es la del público, aunque la aireen públicamente, ya que es la de las corporaciones o la del Gobierno.

ciudadanos tienen que conservar siempre su carácter deliberativo y el gobierno se lo tiene que reconocer y tiene que ser responsable ante la ciudadanía.

Para que los ciudadanos seamos deliberantes⁴ tenemos que tener muy claro todo lo que hemos dicho acerca de la naturaleza y los cometidos del Estado y del gobierno. Esto implica estar formados e informados y mantener constantemente la deliberación. No, obviamente, para salirnos con la nuestra como individuos o como grupos, sino para ver más claro entre todos, llegar a consensos, proponerlos también deliberativamente, escuchar las razones del Estado y del gobierno, sopesarlas y llegar a acuerdos en los que prevalezca el bien común.

NO RESIGNARSE A QUE NO EXISTA ESTADO Y RESPONSABILIZARSE DE QUE VUELVA A EXISTIR

Si tenemos claro el papel del Estado y del Gobierno tenemos que hacernos cargo lo más analíticamente posible del estado en que se encuentran ambos actualmente en nuestro país y tenemos que deliberar con otros acerca de ello para esclarecerlo más con el aporte de cada uno y con el diálogo entre todos. Desde los consensos logrados, tenemos que deliberar qué nos toca hacer como ciudadanos, tanto a nivel individual como colectivo, teniendo en cuenta que no estamos en una democracia sino en una dictadura con métodos totalita-

rios. Si la dimensión política es una dimensión ineludible de nuestra condición de ciudadanos y en definitiva de nuestra condición personal, si no podemos, pues, escurrir el bulto sin faltar al respeto que nos debemos y que debemos al país, no podemos concluir que no podemos hacer nada. No podemos resignarnos a la situación. Tampoco podemos concluir que hay que hacer cualquier cosa con tal de salir de esto. Si el ejercicio de ciudadanía ha de darse desde nuestra condición de personas no podemos accionar contra nuestros adversarios políticos desconociendo su dignidad personal, aunque ellos la estén desconociendo sistemáticamente, tanto la nuestra como la suya. Ellos son, hemos dicho, nuestros hermanos adversarios. No podemos aceptar la invasión de una potencia extranjera, ni proponer la lucha armada, que en este caso sería una guerra civil. Eso no significa que promovamos la impunidad total. Es irrenunciable hacer justicia a tanto desastre, aunque puede que el bien mayor aconseje postergarla.

Ahora bien, lo que tenemos que comenzar haciendo es dar un espacio a la consideración política en nuestra vida y en nuestras relaciones. Tenemos que asumir nuestra condición de animales políticos que somos los seres humanos en esta etapa de nuestra historia. Esto no puede ser algo tangencial. Tenemos que vivirla como una dimensión ineludible. En otros términos, tenemos que asumir nuestra responsabilidad, aunque eso suponga un dispendio de energías e incluso afrontar incomprendiones y hasta riesgos. Todo esto, precisamente hoy cuando el mero hecho de lograr mantenerse en vida copa casi todas las energías. Tenemos que sacar energías, atención y tiempo para actuar nuestra dimensión política ciudadana.

Nuestra responsabilidad es ante todo como sujetos, pero no menos como seres sociales, lo que implica la comunicación con otros y en el caso de la política más precisamente la deliberación, que es siempre en base a razones, enraizada en la realidad y comprometidos con ella, con afán de verdad y para llegar a acuerdos y comprometerlos con ellos.

Se trata de contribuir a crear una verdadera opinión pública que se sobreponga a la de los medios, que no es la del público, aunque la aireen públicamente, ya que es la de las corporaciones o la del Gobierno. Teniendo en cuenta que la verdadera opinión pública es la que debe orientar al Estado y al Gobierno para que sean realmente legítimos. Esto es así

En los años noventa los partidos habían dejado de mediar entre la ciudadanía y el Estado, perdieron su sentido, incluso casi se disolvieron como organizaciones. Solo se enfocaron en tomar el gobierno y aun eso sin propuestas.



DIEGO GÓMEZ / DAGA

porque el Estado está para servir a la ciudadanía y el gobierno es responsable ante ella. No basta la legitimidad de origen, es decir, que haya ganado las elecciones y que hayan sido limpias.

Ahora bien, no se trata de crear grupos de presión para intereses particulares sino de ir componiendo, paso a paso, una opinión que sea realmente pública y por tanto que esté configurada por una mayoría creciente y que sea una mayoría consciente y responsable, personalizada. Y que esa mayoría se mida en cada caso por la realidad y por eso que sea una opinión que tiene que ser rehecha en cada coyuntura, que tiene que aportar argumentos convincentes, que tiene que tener capacidad de leer la realidad, sus núcleos generadores, sus diversos actores y su dinamismo. Una opinión producto de un discernimiento constante, un discernimiento personal y colectivo, realmente deliberado.

Esto es lo que tenemos que aspirar a crear en nuestro país como una tarea irrenunciable. Además, están las vocaciones políticas, pero esto es el caldo de cultivo imprescindible.

LA CRISIS DE CIUDANÍA COMENZÓ CON EL CONSUMISMO RENTISTA

Si atendemos al largo plazo, en el país la crisis de ciudadanía está ligada al fomento por parte del Gobierno del rentismo y el consumismo. Esto comenzó en tiempos del primer gobierno de Carlos Andrés Pérez. Fue posibilitado por el incremento de divisas provenientes del petróleo, por el embargo de petróleo de los países árabes a Estados Unidos que casi triplicó el precio. Ese dinero se filtró a la sociedad, que cada vez más empezó a vivir de la renta petrolera, disminuyendo progresivamente el PIB no petrolero.

El rentismo, en gran medida, desaguó en el consumismo porque el dinero que no cuesta tiende a irse, más que a invertirse. Esta tendencia se agudizó porque el *Salto hacia la Gran Venezuela* que promovió CAP, significó un aumento tan brusco en la oferta de empleos especializados en empresas públicas que el país comenzó a dejar de ser sujeto de su desarrollo y muchos de esos puestos fueron ocupados por mano de obra venida del exterior. También contribuyó a esa actitud la política de dar derechos al trabajador sin sus correspondientes deberes, política que fomentó la irresponsabilidad. También fue signo de grave irresponsabilidad por parte del gobierno endeudarse fuertemente habiendo tantas divisas.

A pesar de que en el gobierno de Luis Herrera Campíns subió más el petróleo por la guerra Irán-Irak, la gente percibió que era verdad lo que dijo al asumir la presidencia: que recibía un país hipotecado y por eso se dedicó a comprar dólares, de tal modo que hubo que devaluar la moneda dejándola que fluctuara libremente. El cambio diferenciado que administró Recadi se convirtió en una fuente de corrupción y por tanto de irresponsabilidad ciudadana. Esa irresponsabilidad fue fomentada por el gobierno de Lusinchi que no solo se negó a hacer ajustes, sino que fomentó tanto el rentismo como el consumismo y de ambos modos la irresponsabilidad ciudadana.

EL GOBIERNO DEJÓ DE MEDIAR ENTRE LAS CLASES Y EL ESTADO, FALTO DE RECURSOS Y DE DIRECCIÓN, SE ADELGAZÓ MUCHÍSIMO

En los años noventa los partidos habían dejado de mediar entre la ciudadanía y el Estado, perdieron su sentido, incluso casi se disolvieron como organizaciones. Solo se enfocaron en tomar el gobierno y aun eso sin propuestas.

A través de ese acompañamiento mucha gente de barrio no perdió el objetivo que los había llevado a la ciudad y continuaron cualificando su individualidad y fomentando la convivencia solidaria.

A partir de la segunda mitad de los años ochenta se hizo sentir en el país el ambiente neoliberal: el ser humano es egoísta y es bueno que lo sea porque al buscar cada uno su provecho en una competencia universal todo se pone en movimiento y se activa al máximo. Eso supuso un cambio de horizonte ya que hasta entonces regían como horizonte societario los valores humanos: la justicia, la responsabilidad personal, la solidaridad, el bien común. Aunque hay que reconocer que no regían tanto como inspiradores de conductas. En este ambiente económicamente descendente y sin un gobierno que estimulara la responsabilidad ciudadana, esto significó entronizar en el ambiente el “sálvese quien pueda”. En este ambiente no existe la ciudadanía, aunque tiene sentido aprovecharse todo lo que se pueda del Estado, en quien no se cree.

Sin embargo, el ambiente que había dado origen a la democracia subsistía minoritariamente. Lo que significa que, a pesar de la antipolítica, muchas personas se seguían sintiendo solidarias y responsables. Y por eso no solo se seguían sintiendo ciudadanas y vivían digna y productivamente, sino que también apoyaban al pueblo de diversos modos. A nivel cristiano los que habían aceptado el Concilio en la recepción de Medellín y Puebla continuaron viviendo su responsabilidad ciudadana e incluso acompañaban al pueblo y propiciaron el

surgimiento de comunidades de base y organizaciones vecinales de muy diversa índole. A través de ese acompañamiento mucha gente de barrio no perdió el objetivo que los había llevado a la ciudad y continuaron cualificando su individualidad y fomentando la convivencia solidaria.

DEGRADACIÓN DE LA CIUDADANÍA Y DE LA RESPONSABILIDAD CIUDADANA

Con Chávez el pueblo se sintió convocado, pero al encantarle lo alienó y el socialismo rentista que promovió excluía la responsabilidad ciudadana sustituida por el apoyo no deliberante.

Así pues, cuando llegó Chávez al poder denigrando de los partidos y con el objetivo de apoyar al pueblo, abandonado por las élites, encontró mucho eco en la población. Al tener un polo de referencia, mucha gente avivó su condición ciudadana y se planteó su participación en el país, tanto al nivel de base, como apoyando decididamente al presidente, que constantemente se refería a ellos como sujetos del resurgimiento del país.

El efecto de esta empatía entre Chávez y el pueblo fue que la mayoría de las organizaciones populares se hicieron chavistas. Como el Estado apoyó, todo parecía encaminado a que se diera por fin esa promoción popular desde las organizaciones de base, que fue compo-



JOHAN GONZÁLEZ

Gracias a Dios no pocas organizaciones humanitarias ayudan eficazmente a la gente en lo más elemental y en general lo hacen de manera que la gente colabore. El Gobierno, a quien no le importa nada la gente, no puede permitir que su lugar lo ocupen otros y sin exigir lealtad.

nente esencial de la campaña de Caldera en el año 68, que no implementó cuando llegó al poder. Lo que se había edificado durante esos años con gran desgaste por ir a contracorriente, ahora parecía que florecía masivamente. Y en efecto se dio tanto la organización popular como la interlocución constante sobre los temas ciudadanos.

Sin embargo, poco a poco se echó de ver lo que el propio Chávez no veía: que él mandaba con mentalidad militar y no con mentalidad democrática. Eso significaba que podía escuchar a la gente, pero en definitiva mandaba desde él, no como representante de la gente, aunque en su intención fuera en favor de ella; es decir, que gobernaba no deliberantemente. Sin embargo, muchos no lo vieron porque Chávez poseía la capacidad de encantar, de tal modo que, sin darse cuenta, robaba la subjetividad a la gente.

También contribuyó mucho a que esto fuera viable el que los precios petroleros alcanzaron máximos históricos. En esas condiciones Chávez llegó a afirmar que el socialismo del siglo XXI era un socialismo rentista. Para él eso significaba que, gracias al petróleo, no había que explotar a nadie en el trabajo. No comprendió que el trabajo no es solo un medio de vida, sino un modo de vida y que sin su práctica denodada no puede llegarse a la adultez. No cayó en cuenta que un país de rentistas era un país de adolescentes. Pues bien, en esos años de bonanza fue un país de rentistas y de consumistas.

La ciudadanía que había propiciado se degradó a correa de transmisión de los dictados del comandante y a acuerparlo haciendo aparecer como compenetración entre el mandatario y el pueblo lo que en realidad era una alienación colectiva feliz.

El rentismo irresponsable de Chávez lo llevó a dismantlar lo que pudo de la empresa privada y a dejar que se perdiera la pública y a endeudarse en el colmo de la irresponsabilidad. Cuando bajaron los precios petroleros fue inocultable que el sistema no podía funcionar.

ENCUADRAR AL PUEBLO DESDE LA DEPENDENCIA Y LA AMENAZA

Muerto Chávez, sus sucesores solo se propusieron mantenerse en el poder. Para eso se ha tratado de encuadrar al pueblo para que sea correa de transmisión de sus dictados, porque, como acaba de decir groseramente Diosdado Cabello: "el que no vote, no come".

Por eso el rentismo se tiñe de dependencia, una dependencia cada día más exigida y controlada.

Pero el rentismo hoy no da para que el pueblo se mantenga en vida porque el Gobierno dismantló al Estado y por eso el poco petróleo que se produce no se puede refinar en el país; se exporta oro y otros minerales que se obtienen en Guayana de manera criminal y depredatoria, tanto que nos están dejando sin bosque y sin luz.

El pueblo no dependiente, cada día más abundante, en gran parte sin trabajo, se rebusca como puede, pero cada día puede menos y ponerse enfermo es estar a las puertas de la muerte, porque lo que funciona en los hospitales es por la resiliencia de médicos y enfermeras.

Como el Gobierno siente que cada día pierde más la hegemonía en el pueblo, reprime más, y como abundan los "patriotas cooperantes" que denuncian sin piedad a sus vecinos y muchas veces falsamente, es arriesgado solventar estos problemas en el vecindario.

Gracias a Dios no pocas organizaciones humanitarias ayudan eficazmente a la gente en lo más elemental y en general lo hacen de manera que la gente colabore. El Gobierno, a quien no le importa nada la gente, no puede permitir que su lugar lo ocupen otros y sin exigir lealtad. Por eso está cortando criminalmente sus fuentes de financiamiento e incluso persiguiendo a los dirigentes y dismantlándolas.

SE DA EN MUCHOS LA CIUDADANÍA BÁSICA, PERO NO SE PUEDE PROCESAR

Por eso en los barrios y en las zonas populares, aunque no poca gente tenga conciencia de la situación y la asuma con la mayor dignidad posible, es difícil que se dé el paso a la interlocución de estos problemas para procesarlos en común. Muchos viven con responsabilidad, pero no hay oportunidades para ejercerla de forma organizada. Incluso la mayoría de los barrios y no pocas zonas campesinas están controladas por bandas criminales, muchas de ellas relacionadas con el Gobierno. Por eso, si es difícil la interlocución de los vecinos, es casi imposible el acceso de gente que no sea del barrio. Se da la referencia a los vecinos, el tenerlos en cuenta y la ayuda mutua, pero no puede avanzarse mucho más. Incluso la falta de gobierno se echa de ver en que la minoría que no tiene en cuenta a los demás y por ejem-



plo los atormenta con música nocturna a todo volumen, lo pueda hacer con toda impunidad.

Casi se puede decir que solo tienen un margen de maniobra las organizaciones religiosas como parroquias, vicarías y comunidades religiosas que atienden a colegios: ellas sí pueden fomentar comunidades, grupos y asociaciones. Pero tienen que mostrar que son religiosas y no organizaciones políticas o civiles desde la plataforma religiosa.

LA CIUDADANÍA EN PROFESIONALES Y EMPRESARIOS SOLIDARIOS

También existen profesionales solidarios y organizaciones que dan, sobre todo comida y medicinas participativamente y que buscan que el pueblo se promueva desde su condición de sujeto organizado. Hemos insistido en las dificultades crecientes que tienen para operar por la interferencia del Gobierno. Reconocemos con gusto que en las actuales circunstancias de falta de institucionalidad y de trabajo productivo y, consiguientemente, de creciente escasez, supone mucha conciencia de ciudadanía, este ejercicio de solidaridad tan cuesta arriba. Lo mismo podemos decir de empresarios que dan, no como propaganda corporativa sino porque se hacen cargo de lo mal que lo están pasando tantos conciudadanos. Incluso no pocos empresarios han aprendido a contar con sus trabajadores en todos los aspectos, a verlos como parte de la empresa. Y bastantes de ellos subsisten, a pesar del Gobierno, por el apoyo de los trabajadores.

Una novedad es que bastante gente de clase media está viviendo en la pobreza vergonzante. Como en la clase popular, ayudan las remesas, que son la principal entrada de divisas, pero humilla la dependencia y el no poder ejercer las experticias alcanzadas tan esforzadamente. Incluso en no pocos vivir de remesas es rentismo porque acaban no haciéndose cargo del trabajo de sus familiares para enviarles divisas y gastan sin que les duela. Y en esa actitud hay un deterioro personal y una pérdida de la condición de responsabilidad ciudadana.

LA ANTICIUDADANÍA DE LOS CORRUPTOS

Un porcentaje de la población, entre cuatro y cinco millones de todas las clases sociales, participa de la corrupción del Gobierno. Es la anticiudadanía, que causa tanta indignación. Constituyen el anticuerpo social.

No podemos dejarlos por imposibles. Nuestra humanidad tiene que llegar hasta considerarlos nuestros hermanos insolidarios. Si queremos de verdad ser humanos tenemos que hacerles saber que contamos con su rehabilitación y colaboraremos a que se dé. Si no lo logramos, la opacidad social que provoca su actitud impide constituir un cuerpo social sano.

*Teólogo. Investigador de la Fundación Centro Gumilla. Miembro del Consejo de Redacción de la Revista SIC.

NOTAS:

- 1 Definición de simbiosis en el diccionario de la Real Academia de la Lengua: Asociación de individuos animales o vegetales de diferentes especies, sobre todo si los simbiotes sacan provecho de la vida en común.
- 2 Cf. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, q. 11, art. 3; q. 21, art. 1, ad 3; q. 47, art. 3.
- 3 TRIGO, Pedro (jul-dic 2018): "La política hoy desde el punto de vista cristiano". En: *ITER Humanitas* 30. Pp. 23-64.
- 4 Deliberar en el diccionario de la Real Academia de la Lengua: Considerar atenta y detenidamente el pro y el contra de los motivos de una decisión, antes de adoptarla, y la razón o sinrazón de los votos antes de emitirlos.